

La Gaceta Popular.

AÑO I. | EDICION DE MADRID

DOMINGO 6 DE JULIO DE 1873.

OFICINAS, LOBO. 20, PRAL. IZQDA.

DESPACHO, DE DIEZ A CUATRO. | NUM. 122

Precios de suscripcion.

MADRID: Un mes, 4 rs.—PROVINCIA: Tres meses, 20.—Véase para más detalles el anuncio de la cuarta plana.
Se reparte a los suscritores de Madrid de ocho a diez de la mañana.

Actualidades.

PORTUGAL Y ESPAÑA.

IX.

Casualmente nos ocupamos en nuestro anterior artículo del cambio mutuo de títulos académicos. Hablemos en el presente de los canjes literarios.

Nuestro ministro plenipotenciario en Lisboa, el Sr. Fernandez de los Rios, si no tiene la gloria de haberlos iniciado en la esfera de la propaganda, pues desde muy antiguo vienen siendo los canjes literarios medida propuesta por todos los amantes de la concordia peninsular, puede al menos vanagloriarse de haberlos iniciado prácticamente, abriendo con esto un nuevo camino a sus sucesores, en el que estos probaran si son o no partidarios de la fraternidad intelectual entre los dos pueblos ibéricos.

Mas, como de ordinario sucede en todas las cosas de este país, el provecho que hemos reportado de estos canjes no ha correspondido a los buenos deseos y mejor fe de sus realizadores.

Impulsar el movimiento científico y literario en esa parte del Occidente de Europa; promover las abatidas relaciones intelectuales entre España y Portugal; presentar horizontes novísimos a la emulación de los ingenios peninsulares; consagrar con el laburo del afecto impercedero la secreta predestinación en cuya virtud desde los orígenes de la historia ibera, y antes y después de la disgregación de los dos reinos, coincidimos con Portugal, así en las grandezas como en las adversidades, así en los adelantos como en los retrocesos: hé ahí formulados en globo los fines principales a que el pensamiento de los canjes literarios obedece.

Todo esto es magnífico para los que se alimentan de ilusiones, pero desconsolador para los que solo consideramos nutritiva la realidad.

Y es preciso decir que lo que aquí hemos conseguido con los canjes no ha pasado de ser una mera ilusión, un tristísimo desencanto. La bibliografía contemporánea de Portugal es tan colosal hoy en España como antes de que el Sr. Fernandez de los Rios se tomase el trabajo de remitirnos sendos cajones repletos de volúmenes.

No otro tanto pueden decir, por lo que a ellos hace, los portugueses. Las numerosas remesas de obras españolas que del ministerio de Estado han salido para la embajada de Lisboa, y de allí para la primera biblioteca de Portugal, son, después de las nacionales, las que en primer término mueven la predilección de los que frecuentan aquel establecimiento.

Este hecho, que es ciertísimo, depende del buen régimen que se observa en la biblioteca Nacional de Lisboa y de la entusiasta afición que profesan a la literatura española el Sr. Mendes Leal; director que fué de la citada biblioteca hasta el momento de encargarse de la embajada de España, y el Sr. Silva Tullio, dignísimo é

inteligente sucesor del Sr. Mendes Leal en aquel importante cargo. Obra que entra en la biblioteca Nacional de Lisboa, obtiene al instante el puesto que le corresponde en los índices, y queda desde luego a la disposición del público. Si la obra es española, no hay para qué decir que merece singular aprecio y preferencia sobre todas las demás.

En la biblioteca Nacional de Madrid están las obras, sean nacionales ó extranjeras, meses y meses sin catalogar, y cuando por fin, después de haberse consumido entre el polvo, una mano bondadosa les facilita lugar en los estantes, corren el mismo peligro que antes; esto es, el de permanecer por largos años en ignorado reposo, sin que nadie se acuerde siquiera de su existencia.

En la biblioteca Nacional de Lisboa los catálogos son enteramente públicos; en la de Madrid los catálogos son una especie de *sancta sanctorum*, no franqueable más que a privilegiadísima persona. Los catálogos de la biblioteca Nacional en Lisboa se distinguen por su sencillez, y están dispuestos de forma que por todo el mundo puedan manejarse sin temor a pérdidas y deterioros. Los de la biblioteca Nacional de Madrid son notables por el absurdo sistema de su confección y por la singular manera con que el público estudioso ha de utilizarlos.

El escéntrico cuanto ingenioso D. Bartolomé José Gallardo dijo en una ocasión que tras los umbrales de la biblioteca Nacional de Madrid se rinde culto a la perpetuidad de la ignorancia. ¡Crisisimo error! Lo que allí se venera, lo que allí se atiende, lo que allí se fomenta es la perpetuidad de la sabiduría. El reglamento interior de la biblioteca Nacional de Madrid parece redactado, en sus principales partes, con destino al uso particular de los sabios y eruditos. Preciso es que el que quiera verificar un estudio sobre determinada materia en aquel centro de instrucción conozca de antemano las obras y los autores que habrá de consultar; preciso es, por lo tanto, que tenga en la memoria suficiente provision de datos bibliográficos antiguos y modernos; preciso es que se provea de paciencia para dar algunos paseos desde la portería del establecimiento hasta el catálogo, y vice-versa, como asimismo para sufrir que el empleado a quien pide el libro no le complazca con toda la amabilidad que de apetecer fuera; preciso es, en fin, que se prepare a echar de menos en la primera biblioteca de nuestro país las comodidades que en toda biblioteca bien montada se encuentran, no tanto para regalo del cuerpo del concurrente, como para predisponer el espíritu del mismo al recogimiento y al estudio.

Conociendo estas y otras menudencias que llamamos, no nos admira por cierto que la inmensa mayoría de las obras, algunas de ellas excelentes y de un valor literario inapreciable, envíasen desde Portugal a dicha biblioteca para que las lea y examine por ningún coste quien las desconozca, reposen en paz imperturbables a las miradas penetradoras del hombre de estudio é inasequibles a las investigaciones del que por capricho, por afición ó por necesidad practique trabajos referentes a la nación portuguesa.

Bástanos tener en cuenta la activa propaganda de los amigos de Portugal y las sinceras simpatías que hacia ese pueblo sienten muchos españoles ilustrados que antes no lo miraban sino con menosprecio, para persuadirnos de que si en la biblioteca Nacional de Madrid dispusiese el público, para procurarse libros, de las mismas facilidades que existen en la biblioteca Nacional de Lisboa, las obras portuguesas serían con el tiempo tan leídas en la primera como lo son actualmente en la segunda las españolas.

Argüiria parcialidad hacer exclusivas estas consideraciones a nuestra primera biblioteca. En iguales ó peores condiciones se encuentran las obras portuguesas de la muy concurrida del ministerio de Fomento. Ni la una ni la otra responden al carácter peculiar que debe revestir toda mediana biblioteca; en las disposiciones que las rigen se ve contradicho y desnaturalizado aquel bello pensamiento de Sterne: «Os encontráis expuestos en el mundo a los caprichos del primer aventurero; mas en la biblioteca, el genio es el que está sujeto a vuestros caprichos.» En las que pasan por ser las principales bibliotecas públicas de España no sujetais el genio a vuestro capricho; pero en cambio os hallais sujetos al capricho del primer ignorante.

Las censuras que en los precedentes párrafos van envueltas, quédense, no para dignísimas personas que están al frente de aquellos establecimientos, y las cuales por su experiencia, relevantes dotes é ilustración, nos merecen el mayor respeto, sino para los gobiernos que no se han cuidado nunca ni se cuidan de atender los verdaderos intereses del país en lo que concierne al importantísimo ramo de la instrucción pública.

Sobre otra falta, cuya responsabilidad pertenece, del mismo modo que las anteriores, al inactivo ministerio de Fomento, llamaremos la atención del público. Para la distribución de las obras recibidas de Portugal a consecuencia de los canjes literarios no se han tenido presentes las bibliotecas populares. En las trescientas y tantas que hay establecidas hasta el día no figura, que sepamos, ni una sola en el libro procedente de las pensas portuguesas. ¿Es esto perdonable? ¿Cabe en esto justificación después de tanto como se ha cacareado con los famosos canjes; después de las esperanzas en ellos concebidas; después de lo reconocido que está por todos los españoles doctos de sentido común que la unión moral de los dos reinos de la Península es una exigencia imperiosa de las circunstancias por que atraviesa nuestro continente, al par que una idea levantada; y que las ideas levantadas deben ponerse al alcance lo mismo del habitante de la ciudad que del habitante del villorrio, y propagarse, no menos que en los grandes centros de población, en los campos y en las aldeas, que es en donde propiamente circula con inalterable pureza la savia generadora de la opinión pública?

No acertamos, en verdad, a comprender el motivo de la introducción oficial en España de obras portuguesas, si a estas no se les ha de dar en último caso un destino conveniente y lógico.

JUAN DE NIZA.

(Concluirá.)

Industria y comercio.

En Portugal se ha tratado de crear un Banco de crédito; pero después de abierta la suscripción, se ha desistido de realizar la empresa por disidencia de la población en que debía establecer su residencia el Banco: los fundadores preferían a Lisboa; pero como la suscripción en esta capital había dado poco resultado, opinaban muchos de los interesados que debía instalarse en Oporto la compañía.

Con motivo de estas desavenencias se disolvió la sociedad, devolviéndose los depósitos.

En la galería italiana de la exposición de Viena está representada la historia del coral en una colección perteneciente al señor Carlos Santoponte, de Livornia. Dos buques, colocados en un estanque, aparejados para la pesca, y algunas muestras de coral, dan idea de cómo se obtiene la primera materia de esta industria cuando está en bruto.

Un modelo de taller enseña la manera de transformar aquel producto marino en los más preciosos artefactos. Allí se ven los bancos y todos los utensilios, herramientas é instrumentos para cortar, perforar, grabar y bruñir el coral. Se ven las matrices de los camafeos y una riquísima colección de aderezos perfectamente trabajados.

Hay una sección de gran interés científico con ejemplares de coral elaborado por los infusorios, sobre objetos diversos que se encontraban en el fondo del mar: llama la atención una muestra de coral construido sobre un tintorio.

4.645 personas se ocupan en Livornia y Torre del Greco en la industria a que nos referimos.

Los inteligentes estiman poco el coral rojo, prefiriendo el más pálido, que se vende a mayor precio.

Por decreto del gobierno francés, los plomos trabajados ó en bruto serán borrados de la lista de objetos cuya exportación a España estaba prohibida: la prohibición subsistirá, sin embargo, en la frontera de los Pirineos.

Agricultura.

Escriben de Villafranca del Bierzo el 1.º de julio.

«También por este país nos ha tocado la desgracia, aunque no en general: el día 28 a eso de la una de la tarde (del mes finado) se nos presentó una tormenta horrible, que, estando minutos antes la atmósfera despejada, sentíamos el ruido que traía la nube, la que pocos momentos después empezó a descargar a torrentes agua y gran abundancia de piedra del tamaño de una avellana; esto duró como diez minutos, pero el agua y los truenos no nos dejó hasta las seis de la tarde; al día siguiente a la misma hora se repitió la misma escena, pero duró menos tiempo: ha sido tanta la abundancia de agua, que en los pueblos de la montaña por donde descargó arrastró al fondo las tierras que se hallaban sembradas y arrancó árboles muy robustos; hemos visto en la balsa de un molino una pareja de bueyes que arrastró un arroyo; uno muerto y otro que hubo que sacarle en el acto para aprovechar la carne porque aun vivía. En estos alrededores donde cayó la piedra hizo mucho daño al viñedo, pero no de consideración.»

Ciencias.

Mucho se ha trabajado para conseguir la fabricación sencilla de una piedra artificial que sustituya a la natural con venta-

ja y no tenga sus inconvenientes. Hasta ahora parece ser el sabio inglés Federico Ransome el que ha obtenido mejores resultados.

Sus experimentos han sido innumerables y detenidos, y sus últimos trabajos han alcanzado, según se asegura, la deseada perfección.

Su primera combinación fué de arena y vidrio amalgamados y comprimidos por la prensa hidráulica; después sustituyó a los cimientos el silicato de soda y de potasa en solución concentrada. De experiencia en experiencia llegó a misturar el silicato de potasa y de soda, la cal, el aluminio y la greda. Sus trabajos se completaron con el descubrimiento de un mineral en las colinas calcáreas del condado de Surrey, que por el sitio en que fue hallado recibió el nombre de Piedra de Farnham. Esta mineral es hoy la base de la piedra artificial de Ransome, y mezclado en proporción conveniente con los otros materiales, forma una aglomeración que reúne la masa en un cuerpo compacto, duro y muy resistente a la acción del tiempo.

—Mr. W. Brack, de Inglaterra, ha inventado un nuevo gas que fué hace poco sometido al análisis de algunos ingenieros especiales y directores de fábricas. La fabricación de dicho gas es la siguiente:

Produce vapor en una caldera a corta presión; este vapor atraviesa un tubo en contacto con otro y se ramifica antes de pasar por una retorta, donde es sometido a la acción del calor de una masa de coque y hierro en estado incandescente. Para darle el poder brillante ó la luz se le hace pasar por un vaso que contiene esencia de petróleo. La luz es más pura y menos desagradable que la del gas de hulla, y son menores los peligros de explosión.

Los resultados obtenidos hasta ahora prometen prosperidad al nuevo gas cuando la fabricación se haga en grande escala.

En la exposición de Viena se establecerá el material necesario para fabricar 10.000 metros cúbicos por día.

Variedades.

Mr. Mazurier, de la comedia francesa, fué arrestado por falsificación y encerrado en la prisión de Mazas.

Cuando el carcelero entró, hace pocos días, en su calabozo, se encontró al preso ahogado: el infeliz terminó su carrera criminal consumando otro delito.

El templo israelita de Burdeos se ha incendiado.

Las llamas envolvieron en muy poco tiempo toda la sinagoga, de la que solo han quedado las paredes.

Desde el primer momento del incendio, el gran rabino de Burdeos se apresuró a poner en salvo los libros de la ley (Leraphims). Dichos libros son manuscritos preciosos, hechos con extraordinaria corrección, y a cuyo valor intrínseco hay que añadir el de los ornamentos de plata y oro con que están enriquecidos. Los libros se salvaron, no sin gran trabajo.

Al decir de *El Correo*, los sepultureros en Málaga han celebrado ya algunas reuniones con objeto de acordar las bases de una huelga que proyectan.

Los ríndicos de dicha población han amenazado a los enterradores con ponerse también en huelga; y aquellos, comprendiendo que la huelga de los médicos haría inútil la suya, han acordado continuar en sus funciones.

El conflicto ha terminado de una manera satisfactoria para todos. Los sepultureros seguirán enterrando.

reza ser relegada a la oscuridad, ni Madrid cuenta con tal número de monumentos de esa especie que deje de ser sensible la desaparición de uno de los principales.

Es verdad que se pretende sustituirle con otro que conmemore los sucesos del 7 de julio de 1823, en cumplimiento de una ley que así lo prescribe; mas aparte de que esas obras de carácter político llevan siempre en su misma índole condiciones seguras de inestabilidad, ¿cuánto tiempo habrá de pasarse todavía hasta que se forme y apruebe su proyecto y hasta que le veamos ejecutado? ¿Qué inconveniente serio había en dejar entre tanto tranquila la estatua de Felipe III adornando la plaza Mayor? ¿Por qué, de todos modos, no se ha empezado eligiendo otro sitio público donde trasladarla, ya que sus cualidades la hacen más propia de este destino que de ocupar un lugar en cualquier museo?

Lo ignoramos; pero la verdad es que al prescindir el ayuntamiento de las consideraciones apuntadas, ocupándose solamente de satisfacer ciertas exigencias, aparece refractario al sentimiento del arte y se muestra tan exagerado en preocupaciones políticas como poco celoso del ornato de esta capital.

Una noticia sensible tenemos que comunicar a nuestros lectores.

El eminente artista D. Eduardo Rosales, el inspirado autor de *El testamento de Isabel la Católica* y de *La muerte de Lucrecia*, ha tenido que salir para Panticoza por haberse agravado la dolencia crónica que sufre, y que le impide dedicarse con asiduidad al ejercicio de la pintura.

Desearnos y esperamos que la benéfica influencia de aquellas aguas restablezca en breve tiempo su quebrantada salud, dándole fuerzas para seguir adquiriendo nuevos y numerosos laureles, mediante la producción de obras maestras que contribuyan, como las citadas, al renacimiento moderno de las artes españolas.

L. VIÑAS Y DEZA.

Las bellas artes.

Esperanzas defraudadas.—El Escorial.—Su reparación.—Súplica a quien corresponda.—La estatua ecuestre de Felipe III.—Rosales.

Los ímpetus artísticos del gobierno de la república española se han desvanecido en breves días como fuegos fatuos.

El afán y la preferencia con que algunos miembros del poder ejecutivo se dedicaron a legislar sobre esta materia en los momentos en que las atenciones políticas consiguientes al cambio verificado en la noche del 11 de febrero, y la situación del país hubieran justificado su total olvido, hacían presumir otra cosa.

No parecía sino que, recordando las glorias adquiridas por el pueblo de la antigüedad, cuya historia constituye hoy mismo el ideal poético del sistema republicano, nuestros revolucionarios modernos quisieran anular la fama de Pericles; y al sustituir la corona con el clásico gorro frigio, un tanto desfigurado por la tijera acaudal de los *soi disant*, artistas contemporáneos procuraban rodearle de la esplendente aureola que en sus originarias comarcas le prestaron los nombres de Orfeo y Pindaro, de Apolo y de Timantes, de Fidas y Praxiteles.

Pero bastó el esfuerzo supremo exigido por los decretos relativos a la creación de una sección de música en la antigua Academia de San Fernando, y a la creación de una nueva Academia de bellas artes en Roma, para agotar la actividad de nuestros gobernantes; y aun cuando existen otros asuntos cuya resolución es de necesidad inmediata, como el que se refiere a la reparación del monasterio del Escorial, lejos de adoptar medida alguna que impulse las esas obras emprendidas en tiempo del rey Amadeo, se ha dado últimamente al orden de suspenderlas, dejando aquella maravilla del arte expuesta a los rigores de la intemperie y a la eventualidad de que otra exhalación haga inevitable su pérdida.

No se nos oculta que para cierta clase de fanáticos aquel suntuoso edificio tiene un doble, ó por mejor decir, un triple sello de odiosidad. Levantado por Felipe II, que después de tres siglos es todavía la pesadilla, la *bestia negra*, de los libre-pensadores y filántropos políticos; destinado a panteón de los monarcas que se han sucedido desde entonces en el solio español, y que el triunfo de la idea revolucionaria envuelve en un común anatema; templo de la religión positiva que más profundamente hiere la susceptibilidad de los vergonzantes adoradores del yago, es hasta cierto punto un padron de ignominia, en cuya conservación no debe invertirse una pequeña parte de los caudales que la república necesita para comprar fusiles a los internacionalistas de Cataluña y a los socialistas de Andalucía. Pero a los ojos de los buenos españoles, entre los cuales colocamos sin dificultad al gobierno, así como a los de todas las personas ilustradas y amantes del arte, cualesquiera que sean su origen y su manera de pensar en otras cuestiones, la obra maestra del inmortal Herrera es una joya inapreciable que merece cuantos sacrificios sean necesarios para prolongar su duración.

Porque en el monasterio del Escorial no debe verse solamente, como han visto algunos espíritus limitados, el admirable conjunto de la sencillez y de la grandeza, la pureza de las líneas, la severidad del gusto arquitectónico y todas las demás cualidades externas, por decirlo así, que constituyen su mérito artístico, nó; lo que da ese interés que despierta entre propios y extraños es su conformidad con el carácter de la época a que pertenece y de los sentimientos dominantes en ella, convirtiéndole en una página histórica escrita en granito por una generación colosal para transmitir a los siglos futuros la memoria indeleble de sus hechos.

Bajo ese punto de vista el Escorial completa dignamente con las pirámides de Egipto, con las *pagodas* de la India, con el *Pan-*

teon de Atenas, con el *Coliseo* romano, con la *Alhambra* de Granada y con las numerosas *catedrales góticas* esparcidas por las diferentes naciones europeas, monumentos eternos de pueblos y civilizaciones pasadas, mereciendo con justicia el dictado de *ocho maravillas del mundo* con que se le distingue vulgarmente.

Quien quiera conocer a fondo la monarquía española del siglo XVI, aquella monarquía española de Carlos V y Felipe II, en cuyo territorio *nunca se ponía el sol*, que pase algunos días en el monasterio de San Lorenzo, y se seguro que, mucho mejor que en los historiadores y cronistas, comprenderá bajo sus dilatadas bóvedas la audacia de nuestros conquistadores de Ultramar, la fuerza y la constancia de nuestros tercos de Italia y Flandes, el carácter altivo de la política que avasalló a todos los gabinetes de Europa, y el celo religioso que, después de habernos hecho ser intemural de la cristiandad y de la civilización en el golfo de Lepanto, nos condujo a sacrificar nuestra preponderancia en las terribles guerras con Francia y los Países-Bajos. Porque todos estos sentimientos despierta la contemplación de aquella olvidada grandeza, y como un aliento gigante, parecen animar su inmenga mole, dando vida inmortal a la representación de los tiempos que fueron.

Ahora bien: ¿dejará el gobierno de la república, que por no destinar una cantidad relativamente pequeña a la reparación de los daños causados por el último incendio, la acción de las aguas y de los temporales perjudique gravemente la parte del edificio que se encuentra al descubierto, y en la cual existe su magnífica biblioteca? ¿Dará lugar a que la falta de para-rayos permita la repetición de siniestros parecidos, ó tal vez de consecuencias más trascendentales?

Ni podemos, ni lo queremos creer; pero como a pesar de los meses trascurridos desde la catástrofe no se ha adoptado esta medida de precaución, sin embargo de haberse reconocido su necesidad en un célebre debate parlamentario que permitió á

